

## Cine y deporte

### El curioso caso del cinéfilo deportista no practicante

Llevan razón los que piensan que, salvo excepciones, el deporte pierde algunas de sus mejores esencias al enjaularlo en una pantalla de cine. Deporte y cine se arrojan, por lo tanto, una cierta incompatibilidad, pues al cine también le cuesta estirarse y expresarse cómodamente con el deporte dentro. Como si dijéramos, se sientan mal el uno al otro, y siendo así, resulta muy revelador que haya grandes ocasiones en las que se da con una impresionante fuerza la combinación entre ellos. Es decir, grandes películas que tratan un asunto deportivo.

(...) Nadie se atreverá a contradecirme si digo que el deporte que más acomodo encuentra en el cuadrilátero del cine es el boxeo. Por condiciones físicas..., por mera cuadratura y mero encaje, pero también porque comparten un territorio y una historia, ambos tan embarrados como brillantes. Sin duda, el cine mira al boxeo con otros ojos que a los otros deportes. Y de un modo completamente natural, sin tener que esbozar el grosero gesto del esfuerzo, la cámara absorbe toda la grandeza y la miseria del boxeo, por la sencilla razón de que es un deporte de perdedores y vencidos (incluso los campeones) y el perdedor es una de las figuras más queridas, exprimidas y con más potencial poético y dramático que ha encontrado el cine en su siglo largo de vida.

De hecho, el boxeo y sus aledaños le han proporcionado al cine un enorme caudal narrativo, una variedad de personajes y situaciones dramáticas mientras que al mismo tiempo le permiten al séptimo arte sortear con facilidad algunos de los inconvenientes e incompatibilidades que tiene frente al deporte.

¿Con qué inconvenientes se suele encontrar el cine al mirar a cualquier otro deporte? Si hablamos de una película de ficción su primer y principal problema a resolver será la elección entre un buen actor o entre alguien que domine o que al menos no “cante” en ese ejercicio deportivo. Es decir, si se quiere contar la vida de un jugador de fútbol, de baloncesto, o de un atleta, o lo que sea, ha de plantearse uno la siguiente y estúpida pregunta: ¿qué es más fácil o conveniente, enseñar a un buen actor los rudimentos de ese deporte o conseguir que un deportista se convierta en actor para la película?

La respuesta es cuestión de lógica: el mejor deportista puede ser apenas sin esfuerzo el peor actor del mundo; en cambio, el cine te proporciona algún que otro recurso para que un buen actor parezca que lanza bien las faltas... El gran problema en lo que se refiere al fútbol es que no sólo se necesita a un actor que lance, sino otro más que remate...

(...) Evidentemente, en el caso del boxeo, esto no pasa. Se necesita sólo un personaje y su contrincante... ambos con una cierta preparación física y una idea más o menos tónica de los movimientos y rituales: nada que no se aprenda en menos tiempo que a entonar correctamente unos versos de Shakespeare. (...) El combate no suele ser, en el buen cine de boxeo, más que un paréntesis narrativo, unos brochazos de color en esas sutiles líneas negras que perfilan la existencia de los protagonistas; algo así como el fugaz duelo en un buen *western* o el beso en una comedia romántica... golpes de guión que puntúan el ritmo vital de los personajes, y en el caso del boxeo, un punteo cargado de drama y de pérdida.

Por eso, por lo que tiene de dramático y de individualista el boxeo, consigue en ocasiones poner el tam-tam de su alma al mismo ritmo que el cine, o viceversa. Y también le ha pasado, ocasionalmente, a algunas otras disciplinas deportivas, o cercanas a lo deportivo, como las carreras de caballos, el billar, el corredor de fondo o el montañismo.

De todos modos, esta irresoluble pelea entre el deporte y el cine, tiene otras válvulas de escape y otras agarraderas. En este sentido, es evidente que el cine documental es por definición y vocación una mejor esponja para absorber las esencias deportivas y

derramarlas luego en una pantalla. Leni Riefenstahl, Saura o Ichikawa han acomodado la cámara a las necesidades del olimpismo y han intentado resolver esas formidables ecuaciones que convierten cien metros en diez segundos y una danza de carne y músculos en un elogio del sudor... El dilema es si esta misma ley documental vale para atrapar esos “alrededores del ring”, donde se concentra la miel amarga del boxeo, porque, ¿qué es más épico y dramático, ver a los auténticos Clay y Foreman en ese irrespirable documental sobre su mítica pelea en Zaire, o ver a Stacy Keach en la sórdida barra de un bar en *Fat City* (1972)?... Pues el misterio del cinéfilo deportista no practicante consiste en que todo esto tira de él con la misma fuerza: Clay, Foreman, la luz del Zaire, Stacy Keach, el neón derramado sobre la copa que se bebe...

**Oti Rodríguez Marchante** en “Cine y deporte”, *Nickel Odeon*, número 33, invierno de 2003.